

Domingo XXXI. Año C

Lectio divina sobre Lc 19,1-10

Frecuentemente, durante su ministerio público, se podía ver a Jesús, acompañado por personas de dudosa reputación. Era tan normal que frecuentase *malas compañías* que ello ponía incómodos a sus discípulos, perplejos ante semejante conducta, y daba motivos para la crítica acerba de sus contrarios, quienes no podían entender que un hombre bueno conviviera con malvivientes. Y si ya está bastante mal que Jesús se dejara acompañar por personas no muy buenas, peor resultaba que las buscara adrede. Hoy el evangelio nos recuerda esa conducta chocante de Jesús, que entra en una importante ciudad y elige como huésped a un notorio pecador. Haríamos mal en considerar este episodio como una simple anécdota histórica, como si sólo narrase el encuentro casual de Jesús con un jefe de publicanos. En realidad, para cuantos deseamos encontrarnos un día con Jesús, y reencontrar en él nuestra salvación, el relato nos hace una grave advertencia y nos habla, al mismo tiempo, de una gran oportunidad. Y de cómo aprovecharla.

En aquel tiempo, ¹entró Jesús en Jericó y atravesaba la ciudad.

²Un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, ³trataba de distinguir quién era Jesús, pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura. ⁴Corrió más adelante y se subió a una higuera, para verlo, porque tenía que pasar por allí.

⁵Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo:

«Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.»

⁶Él bajó en, seguida y lo recibió muy contento. ⁷Al ver esto, todos murmuraban, diciendo:

«Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador.»

⁸Pero Zaqueo se puso en pie y dijo al Señor:

«Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más.»

⁹Jesús le contestó:

-«Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es hijo de Abrahán.

¹⁰Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Acercándose a Jerusalén (Lc 19,28) y cerca ya de la muerte, destino final de su caminar, Jesús pasa por Jericó, despertando expectación entre sus habitantes. Lucas centra la narración en uno de ellos, personaje importante, aunque no muy popular entre sus convecinos. Primero narra, no sin ironía, el interés y el ingenio que guían a Zaqueo en ver a Jesús; siendo pequeño, y poco estimado, no le era fácil hacerse con un buen lugar; y no desdeña el ridículo de subirse a un árbol, que esta 'allí donde tenía que pasar' Jesús (Lc 19,4). No le pasa a Jesús desapercibida tanta curiosidad; 'levantando los ojos' ve a Zaqueo y, dejando de caminar, se hace invitar por él (Lc 19,5). Zaqueo se las había industriado para ver a Jesús pasar y... ¡fue Jesús quien lo vio subido a una higuera! Zaqueo trataba de distinguir quién era Jesús y Jesús lo distinguió haciéndose su huésped. Durante todo el episodio, el protagonismo no recae en Zaqueo, sino en Jesús: es Jesús quien pasa por Jericó y quien elige dónde hospedarse. Es él quien levanta los ojos y ve a quien tanto se había esforzado en verlo; y será Jesús quien al final justifique su decisión de alojarse en casa de Zaqueo: su presencia trae consigo la salvación a esa casa. Para ello, y a pesar de las murmuraciones, ha venido...

Aunque al final del relato Lucas desvele así el propósito último de Jesús en su paso por Jericó (Lc 19,10: buscar y salvar lo que estaba perdido), no hay que pasar desapercibido este detalle: *para que Jesús elija hospedarse con nosotros, hay que ponerse allí donde vaya a pasar*. El Jesús encontrado es el que ha sido antes buscado con afán. Quien tiene a Jesús en casa, tiene el corazón lleno de alegría.

Zaqueo, jefe de los recaudadores de impuestos en una ciudad importante es un hombre muy conocido y poco apreciado. La decisión de Jesús de ser su huésped no es entendida por 'todos': no se hace fácil comprender que un ilustre visitante elija a un reconocido pecador como anfitrión. Pero ni Jesús, ni Zaqueo, parecen percatarse del malestar de los conciudadanos; o no les importa. Tras el gozo de tenerlo en casa, Zaqueo siente que debe dar una alegría a los pobres y a los que él había maltratado. La donación de la mitad de los bienes y la restitución, cuadruplicada, de lo robado es, contante y sonante, la medida de su conversión (Lc 19,8). La, inesperada e inexplicada, presencia de Jesús en casa de Zaqueo le llenó primero el corazón de alegría y luego de generosidad con los desvalidos. Jesús, huésped si buscado, trae consigo la salvación. Y la salvación que él aporta, además de beneficiar al que la recibe, se hace extensiva a los más necesitados. En realidad, para eso, sólo para eso, sólo para quien lo quería ver, pasó por Jericó y se hospedó en casa de Zaqueo.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

No es la primera vez que Jesús no evita 'las malas compañías', cuando se trata de acercar el reino de Dios al corazón del hombre (Lc 5,27-32; 15,1-3). Esta vez Jesús se comporta de modo diverso: a la entrada de un pueblo, se hace invitar por una persona de mala reputación; no es que no rehúya a los malos, es que los busca y quiere convivir con ellos. A pesar del escándalo que provoca, honra con su presencia la casa de un pecador público: no quiere Jesús enfrentamientos inútiles con los buenos, quiere hacer el bien a quien no es bueno del todo. ¡Curioso este Jesús que por hacer el bien a uno malo soporte la incompreensión de todos y la maledicencia de los buenos! Se atreve a provocar a todo el pueblo por hospedarse en casa del principal exactor de impuestos. Tenía que tener una muy buena razón para tomar una tan controvertida elección. Es muy posible que quien se siente ya bueno cuando se le acerca Jesús, no logre tenerlo jamás como huésped en casa.

Zaqueo era jefe de publicanos, un recaudador de impuestos de cierto rango. Lógicamente, su profesión no era muy popular; más aún, era considerada pecaminosa por injusta. Los publicanos solían enriquecerse a costa del dinero que exigían a los demás. Y es que el sistema de recaudación de aquel entonces era tan elemental como injusto: el soberano encargaba el cobro de impuestos a un hombre rico; así le quedaba asegurada la entrada de una cierta cantidad anual; éste, a su vez, contratava a otros la concesión recibida por un precio mayor del que el debía entregar. La cadena de intermediarios se multiplicaba, multiplicándose sus ganancias y la injusticia: al final, el pueblo siempre pagaba más de la cuenta y tenía que sufrir a diario la afrenta de ver que su pobreza alimentaba la creciente riqueza de los publicanos.

Si así estaban las cosas, nada más lógico que, cuantos presenciaron la entrada de Jesús en Jericó, murmuraran por el atrevimiento de Jesús al forzar la invitación del jefe de los publicanos de la ciudad. Si al menos hubiera partido de Zaqueo la iniciativa..., pero resultaba inconcebible que Jesús eligiera, para hospedarse, la casa de un hombre tan despreciado, no ya por su riqueza sino por el modo como la había amasado. Sin negarles la razón que tienen, con su respuesta Jesús da razón de su comportamiento: él se debe a quien lo echa en falta, vino a buscar lo extraviado, salvará a quien se sienta perdido. Es obvio que Zaqueo no era un santo. Hasta él mismo lo sabía. Precisamente por ello Jesús preferirá su casa y su hospitalidad; su presencia le va a conceder una oportunidad, su convivencia le aproximará el reino.

Y Zaqueo, que bien sabía que el origen de sus riquezas era el origen de su injusticia, aprovechó una estancia de Jesús en su casa, una casual estancia que él mismo no había previsto, para renunciar a la mitad de sus bienes y restituir con creces a quien hubiere defraudado; teniendo a Jesús consigo, en casa, supo poner a disposición de los pobres y de cuantos había engañado su propio bienestar, con tal de estar a bien con Dios. Por no desaprovechar la oportunidad que una invitación de Jesús le proporcionaba, por recibirle en su casa y poner a su disposición todo cuanto poseía, Zaqueo volvió a ser el hijo de Abrahán que Dios había creado y querido. No le arredraron las maledicencias de sus paisanos, bastó con oír el deseo de Jesús de alojarse en su casa; le importó más el querer de Jesús que la opinión de sus contrarios. Lo que había empezado como simple curiosidad ante el desconocido, terminó con la determinación de saldar su deuda de justicia. Sólo quien le acogió de corazón, salió de su pecado.

Quienes, en cambio, se creían lo suficientemente buenos como para criticar el comportamiento de Jesús, tuvieron que sorprenderse al oírle decir que, en Jericó, sólo Zaqueo obtuvo la salvación de Dios. Y es que, - aquí reside la advertencia que Jesús nos hace -, quien se cree bueno sólo porque puede, ¡aunque le sobre razón!, menospreciar a cuantos no saben ocultar su malicia, está a punto siempre de perderse a Dios; quien no reconoce que nadie, tampoco él mismo, es digno de Dios, jamás se encontrará con él; quien cree merecer a Jesús y su visita, nunca lo alojará en su casa. No suele Jesús, y el evangelio de hoy es una prueba, encontrarse sólo con quienes se lo merecen; Dios no se alberga entre cuantos, a fuer de buenos, no lo echan en falta; quien se ha habituado tanto a Dios que su paso no le despierta curiosidad, quien no hace nada extraordinario por acercarse a Dios y verle más de cerca, no será el elegido cuando Dios venga; cuantos cuentan con la invitación de Dios, no suelen estar, para su sorpresa, entre los elegidos. Perdemos a Dios, no tanto por lo malo que desgraciadamente somos, sino por lo bueno que nos ilusionamos en ser. No estaría nada mal que aprendiéramos de una vez: para que el Señor nos visite, no hace falta ser muy buenos, pero no habrá que creerse mejores que nadie.

Pero si Jesús no se fija en cuanto los demás piensen de nosotros, si ni siquiera hace falta ser previamente buenos, nos lo ha puesto realmente fácil. Y aquí estuvo la oportunidad de Zaqueo y la nuestra, si la sabemos aprovechar. Nadie es demasiado indigno de Dios, a no ser que se crea ya digno; todos podemos ilusionarnos con oír un día el ruego de Jesús para que le invitemos a entrar en casa; no tiene que hacérsenos penoso un encuentro con Dios que acontecerá allí donde moremos, ni es humillante una conversión que se inicia siendo Dios nuestro huésped; dejándose servir, no ha hecho más fácil el servicio que le debemos.

No es temible un perdón que nos se concede cuando permitimos que Dios se aloje junto a nosotros: Jesús nos salva, si le echamos de menos, si sentimos que nos falta, si logramos que comparta casa; cuando puede disponer de nuestros bienes, él será la razón de nuestro bienestar. Como lo fue para Zaqueo. Pero Zaqueo hizo algo más que acoger a Jesús en su casa: con él en casa, supo desprenderse de cuanto tenía, la mitad de sus bienes, y restituir lo que en justicia no le pertenecía, el cuádruplo de cuanto había defraudado. Su salvación fue auténtica, porque le salvó de sus males, esos males cuya prueba evidente eran sus bienes injustos. Y es que, quien convive de verdad con Jesús, aunque sea una sola vez, tiene que dejar de convivir con lo que le separa de él. No mereció la visita Zaqueo, pero tuvo que pagar un precio por ella; no se lo impuso Jesús, lo descubrió teniéndole cerca.

No se sabe si admirar más la necesidad de salvación de Zaqueo o la necesidad de salvar de Jesús. Pero para que Abrahán recupere un hijo y Dios salve un hogar, es necesario acoger a Jesús en la propia casa, en familia. Y no tanto porque necesitemos ser salvados (Zaqueo sólo quería conocer a Jesús de lejos, ni siquiera encontrarlo personalmente), sino porque a Jesús le mueve, le motiva y 'conmueve', nuestra salvación. Sintamos hoy su invitación a hospedarlo en casa y nuestra casa conocerá la salvación. Aunque no habrá que olvidar que le hospedó no quien quiso, ni quien era mejor, sino quien fue elegido..., porque necesitaba ser salvado. Este es el 'precio' que pagó, primero, Zaqueo: saberse indigno de tener a Jesús entre los suyos. La recompensa fue la alegría que inundó su corazón y la salvación de la que se llenó su casa. Pero no sólo.... La cercanía de Jesús llevo a Zaqueo a descubrir la injusticia con la que había labrado su fortuna. Jesús no le habló de ello; lo descubrió Zaqueo cuando tuvo a Jesús en casa. La cercanía de Jesús hizo que Zaqueo recordara su pecado y se acercara a la necesidad de los pobres. Nos privamos de Jesús tantas veces, cuantas no estamos dispuestos a admitir nuestros pecados o/y a recordarnos de los pobres. Necesitamos a Jesús para estar junto a los que nos necesitan. Así se verifica la salvación auténtica. Antes de que Jesús proclame su salvación, Zaqueo ha reconocido su pecado y proclamado su voluntad de repartir sus bienes.

No perdamos hoy la oportunidad que un día aprovechó Zaqueo, el jefe de los publicanos de Jericó: invitemos a Jesús a quedarse con nosotros, a entrar en nuestras casas; Jesús no impuso a Zaqueo convertirse para hospedarse en su casa; pero hospedándose la posibilitó. En cada pecador confeso Jesús encuentra una razón para venir a nuestro encuentro; no es el pecado lo que le aleja de nosotros, sino la negación del mismo. No fueron los buenos los que recibieron en casa a Jesús, porque se pensaban dignos de ellos; fueron los buenos quienes perdieron de nuevo a Jesús, cuando se escandalizaron de su comportamiento. Porque su vida dejaba que desear, Zaqueo no dejó que Jesús para de largo. Con él llegó la conversión y el reino. No fue gratis la visita: Zaqueo pagó un alto precio, pero se lo impuso él mismo. Los buenos se pierden a Jesús, por creerse buenos; los malos pierden sus bienes, cuando reconocen su pecado. Pero Dios, y el reino, se acercó sólo a quien Jesús había visitado. ¿Por qué empeñarse en sentirnos buenos o pasar por tales, también hoy, también nosotros, si ello nos consigue no tener a Jesús en casa y perder la ocasión de hacer el bien a los más necesitados?